

A LA TRISTEZA.

III.

Ven, sí, que no me asusta
De tu semblante pálido
La amarillez adusta,
Ni la honda contraccion;
Ven á enjugar piadosa
De mis hinchados párpados
El llanto en que rebosa
Mi herido corazon . . .

IV.

Mis ojos, que ya ofuscan
Un mar de acerbas lágrimas,
Con terco afán te buscan,
Cansados de llorar . . .

Tú tienes un encanto,
Que triste adora mi ánima;
Tú puedes ¡ay! mi llanto
Benéfica enjugar . . .

V.

Los ayes de amargura
Que en la alta noche lóbrega
La ronca voz murmura
Del bárbaro aquilon,

Los ayès son que lanza
Mi acongojado espíritu,
Que ya infeliz no alcanza
Consuelo á su aficcion.

VI.

Mas tú, tristeza amiga,
Posees el dulcísimo
Beleño, que mitiga
Mis amarguras; ven.

Que por sentir anhelo
Esos tus lábios cárdenos,
Cual témpanos de hielo
Sobre mi ardiente sien.

ALEJANDRO RIVERO.

UN MAESTRO,

6

LA FAMA.

I.

PAULO, hijo nativo de unos pobres labradores de los contornos de Nápoles, quedó huérfano á la edad de seis años, habiendo muerto sus padres, acometidos por la fiebre de la Solfatara. Fué recogido por un anciano Labrador, propietario de vastas praderas, que se estienden desde el pié del Vesuvio, hasta el confin del camino de Roma.

Sin pretender el buen arrendatario recompensa alguna por este beneficio, trató de dedicar á Paulo á alguna ocupacion por la que pudiera tener un medio de subsistir; mas nada escitaba la emulacion de éste, á pesar de ser de un natural dócil y comedido. Paulo no habia podido jamas sujetarse á trabajo alguno, hasta que vencido por los sábios consejos del anciano, hizo prueba de dedicarse á los ejercicios del campo; mas poco á poco, y sin que pudiera atribuirse á malicia ó pereza, su salud se fué alterando de una

manera alarmante. Llamados los médicos, aseguraron que el mal era grave, probándolo, por otra parte, síntomas irrecusables. El padre adoptivo de Paulo, movido de piedad, concluyó por dejarlo seguir libremente sus inclinaciones.

Sus placeres favoritos, de los que la naturaleza aseguraba de una manera tan clara que no podía separársele, eran la contemplacion y el bello ideal....Se le encargó el cuidado de los ganados. La salud y la alegría le volvieron á un tiempo.... Entónces, en la paz de los campos, en medio de la armonía misteriosa de su organizacion y en la apacible tranquilidad, se desarrolló en él uno de los fenómenos mas admirables de la naturaleza.

Como un paisaje se pinta en un lago tranquilo con todos sus pormenores, sus luces y sus sombras, así en el alma de Paulo, transparente é igual como un espejo, se reflejaba la armonía de todo aquello que en la naturaleza tiene una voz para suspirar, cantar ó gemir. Su oido, dócil al menor susurro del aire, dejaba pasar todas las vibraciones á su cerebro, y su garganta flecsible las reproducia con todo el atractivo poético de la voz humana.

El ruido matinal que se eleva de la tierra al caer el rocío, los murmullos lejanos de la tarde, el murmurio del agua que juega con el guijarro de la ribera y es detenida

contra la roca, desciende en las cavernas, cae en las cascadas, y se quiebra en su caída; las notas del viento, que silba en las florestas, sopla, murmura y gime entre los árboles; se introduce en las cuevas entreabiertas, muge en las altas montañas, ó en las almenas de las fortalezas; los cantos de las aves, que saludan la venida del Sol y su vuelta al Occidente, y prestan á la noche silenciosa la armonía de los mas deliciosos conciertos; todo habia venido á fijarse en su memoria; vasta orquesta, llena de fieles instrumentos, que se renovaba en los aires, combinándolos repentinamente de diversos modos, uniendo los unos á los otros segun los caprichos de su laringe ó la prontitud de la inspiracion; todo era una verdadera copia de la naturaleza multiplicada y animada. Del mismo modo que un número corto de cifras producen infinitos sonidos, segun sea el arte con que se las disponga, del mismo modo Paulo formaba con estas diversas unidades, un mundo de combinaciones inagotable. Reclinado al pié y bajo la sombra de un árbol frondoso, en frente de una roca ó de una ruina pintoresca, cuya superficie plana repite fielmente todo sonido que sale de su boca, Paulo se recrea con esta armonía natural, juega con el eco, conversa con él, y escucha una voz, cuya repeticion escucha atento: compone un solo, cuyo eco vuelve desde

la muralla vecina, ó comienza un duo vivo y animado, iguales ámbos en fuerza, precision y movimiento. Un eco se sucede á otro con rapidez, y apenas puede Paulo respirar, pues no le dejan concluir; cubre en seguida la otra voz con la suya, por no abandonar el campo de batalla á un cantor inmóvil, que parece que lo desafía; se levanta, se aleja para estar fuera del radio de la repercusion, y solo, sin temor de ser inquietado, triunfando del silencio de su rival, que no puede ya percibir ni repetir sonido alguno, ejecuta su final en medio de la atencion universal y de la calma de la naturaleza.

Desconfiado de su propia superioridad, jamas se imaginó que otros oidos que no fueran los suyos, pudiesen prestar una entusiasta atencion á sus cantos prodigiosos; mas la naturaleza, que nada ha creado inútil, y que como los grandes poetas dramáticos, hace siempre de un escena dos efectos, le dió dos oyentes, cuya admiracion debia formarse en cada uno de una manera diferente. El primero era una jóven de los alrededores, simple aldeana como él, y en la cual el canto de Paulo habia hecho germinar el amor....ordinario efecto de los encantos de la voz, que parece salir del alma, como sale la rosa cargada de sus perfumes, escitando el deseo de respirarla.... Ella la primera supo proporcionar una de aquellas casuali-

dades en que las declaraciones se hacen por sí solas. Paulo, feliz al ser amado, respondió á los votos de la jóven con todo el entusiasmo que inspira el primer amor: combinó sus cálculos para contraer un enlace feliz en el porvenir, y determinó pedirla por esposa á su madre, tan luego como los recursos se los permitiesen. Por lo demas, él no sentia inquietud por ser el esposo de Laura, pues aunque estaba conforme en unirse á ella, pero sus cantos y el ocio eran en realidad su pasion y sus amores.

Laura, por el contrario, le amaba con frenesí: no podia concebir la idea de dejarse de unir á él algun dia: estaba poseida de un amor que creia eterno, y el que si algun dia se estinguiese, la haria perder el juicio ó la vida.

Paulo era un artista; mas Laura era una italiana.

En cuanto al segundo oyente, creemos que ántes de nombrarlo, debemos remontarnos mas alto, para ver desde qué punto de partida lo debemos seguir.

II.

Entre los compositores que han dejado una honrosa memoria, y cuyos cantos repite aún la Italia, se cita un nombre, Picoletti; pero su gloria está envuelta en un misterio,

cuyo velo vamos á levantar. Por un raro capricho de la naturaleza, igual á aquel que le dió al pavo el deseo de cantar, nació Picolessi con todo el fuego de un grande artista: pasó su infancia y su juventud soñando con la composicion musical. Por espacio de diez años buscó la gloria en el teatro; y como era muy rico, poco le importaba pagar copias, luces, actores, figurantes, coros y cantatrices, todo el tiempo que sus composiciones ocupaban la escena; convenio muy grato para el empresario, que nada arriesgaba, y sacaba fruto de los ingresos: jamas el autor habia logrado ser llamado á las tablas, porque jamas un buen écsito recompensaba sus sacrificios.... Su música carecia de espresion, de poder: sus partituras, impresas á su costa, quedaban en vueltas en el polvo del almacen del editor.

Cada triunfo de sus rivales aumentaba mas y mas el tormento de sus celos.

Uno de los mas grandes dolores, reservados al hombre, es el de ver el triunfo de aquellos que juzga en su interior inferiores á él, aunque entre tanto se consuele en su interior con la conviccion de que es un artista oprimido, y cuyo mérito no se conoce; pero verse reprobado, ¡y considerar que esta reprobacion le ha de sobrevivir, es cosa cruel, es peor que la misma muerte!

En tal situacion se hallaba Picolessi, resuelto á acabar con la vida, cuando una ma-

ñana abraza á su hija, la deja anegada en lágrimas, y se sale al campo para decir al mundo un eterno adios.

El Arno era la tumba que habia elegido para precipitarse allí, y morir.

En tanto que atravesaba las hermosas riberas, una voz humana llegó hácia él, con tal ondulation y tal acento, que lo dejó sorprendido y encantado: á la vez que se acerca, percibe la voz mas llena, hasta que á la vuelta de una roca, se le aparece Paulo, entregándose al placer de su melodiosa improvisacion.

Aunque Picolessi nada tuvo de original, no carecia sin embargo de sensibilidad: los cantos de Paulo lo detuvieron al punto en aquel lugar.... Bien pronto la melodía embargó sus sentidos, arrobó su pensamiento y le suspendió la voluntad, y con ella los proyectos de muerte.... Sus fuerzas decaidas se reanimaron, y abundantes lágrimas vinieron á humedecer sus párpados. Salido de esta situacion involuntaria, se halló mas calmado, y escuchó todo el rústico concierto del jóven pastor, con el entusiasmo con que un aficionado asiste á la ejecucion de la partitura de un gran maestro. Escuchó atento aquellas melodías, que hicieron en él tal impresion, que le quedaron fijas en la memoria.

De repente le vino una idea brillante, abrasadora, irresistible.... Vuelve á su casa

de Nápoles, escribe con toda la fidelidad de la escaltacion, las frases musicales de Paulo, y se queda dormido repitiéndolas.

A otro dia, y á los siguientes, volvió á beber en la misma fuente, y al cabo de un mes llevó al director una obra que la administracion del teatro de San Carlos solo admitió con la condicion de que Picoelli pagase los gastos.

Mas entónces la cosa varió de aspecto. . . . Como si el mal resultado de sus obras anteriores, no hubieran sido mas que el efecto de una mala suerte, que acababa de variar repentinamente, ésta sí agradó al público, y le arrancó grandes aplausos. . . . La reaccion fué completa: todos los salones, todas las sociedades no repetian mas que un nombre: el pueblo, al que las notabilidades llegan muy lentamente, no manifestó menos entusiasmo. Desde por la mañana, todos los asientos estaban tomados, un inmenso concurso ocupaba la plaza del teatro, y se agolpaba en las calles cercanas. La policía se vió obligada á intervenir, para evitar que la admiracion degenerase en tumulto, y el entusiasmo en desórden.

Desde este momento, la buena opinion de Picoelli comenzó á aumentarse mas y mas, y aun no pasaba la fama de su primer triunfo, cuando otra nueva composicion venia á hacer mas célebre su nombre, y á añadir

otro eslabon mas á una cadena no interrumpida de aplausos y de gloria. Habia adquirido ya la popularidad, esa corona que no siempre prueba mérito real, pero sin la cual el artista duda de sí mismo. No se escuchaba por todas partes mas que el nombre de Picoelli. Nápoles no tenia mas que una voz para ejecutar sus composiciones. . . . despues se estendieron por toda la Italia, y en ménos de dos años, su fama dió en tierra con la de todos sus rivales, y opacó la de todos sus predecesores y maestros.

III.

Desde que este célebre compositor descubrió tan fecunda mina de melodía, concibió, como es de suponerse, una grande aficion por el jóven aldeano, pues fuera del interes con que lo visitaba, para recoger los tesoros que salian de su boca, se sentia inclinado, por esa especie de magnetismo que atrae á los génios superiores, hácia aquel cantor de la naturaleza, al que no cesaba de admirar.

Paulo no conocia la sublimidad de sus órganos: era semejante á aquellos instrumentos del sonambulismo, que leen dormidos y con los ojos cerrados; mas que despiertos, no pueden descifrar una letra.

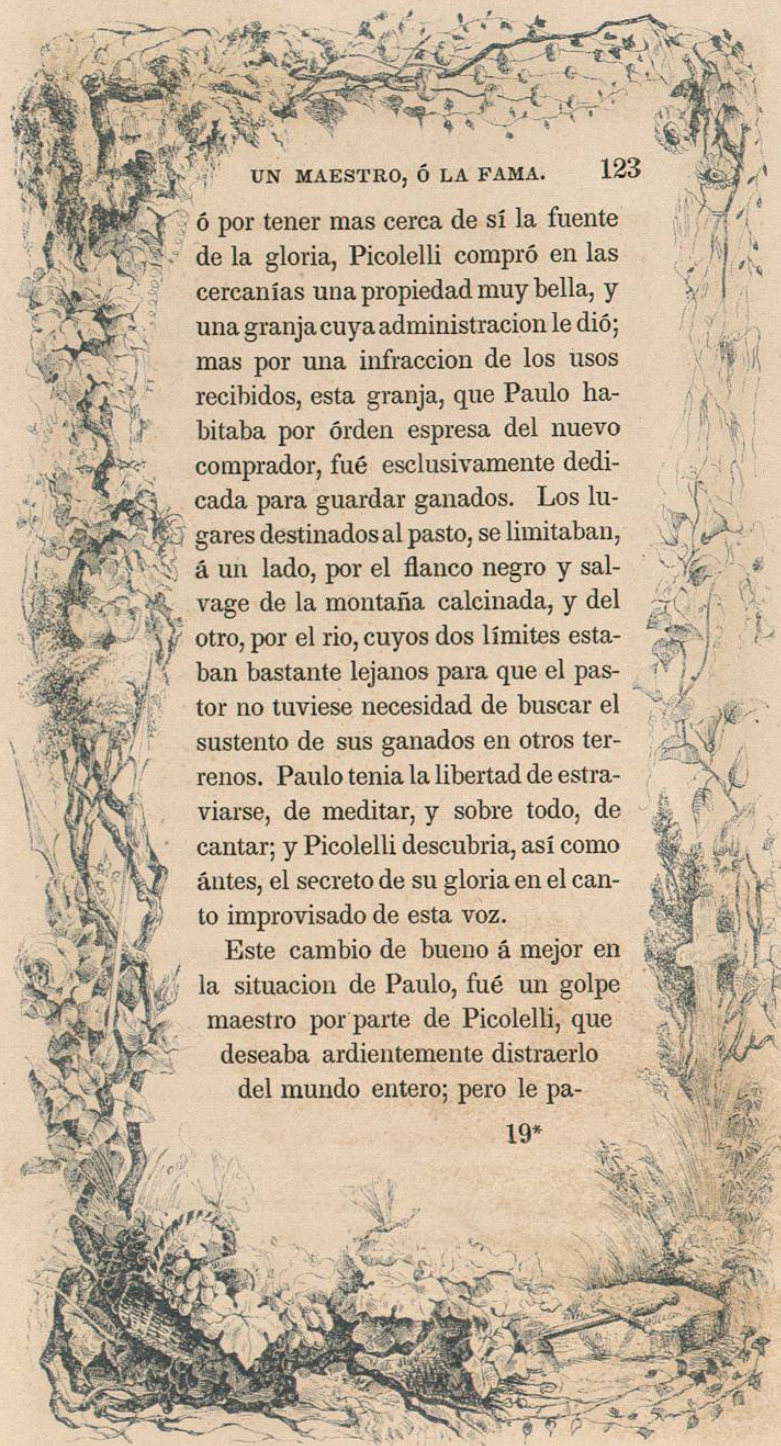
No creia, sin embargo, que tanta bondad

de Picolelli fuese sin interes.... A consecuencia de sus favores con el jóven pastor, éste habia llegado á comprender, sin alcanzar la razon, el poderoso ascendiente que habia adquirido sobre el rico propietario; el interes que Picolelli tomaba por su salud, las vivas inquietudes, cuya impresion no podia moderar, su aire afectuoso y sumiso, nada de esto podia ocultarse á Paulo, el que, sin analizar como un moralista, se aprovechaba de ello, como el niño que conoce el lado flaco de una madre. Así, pues, cuando las quintas para el servicio militar vinieron á amenazar su libertad, la idea de perderla, lo preocupó de tal manera, que el pesar rugó su frente y lo puso taciturno.... Al observar estos malos síntomas Picolelli, se alarma, se informa de la causa de aquella tristeza, y apenas se instruye de ella, comienza á buscar desde aquel mismo dia un hombre para reemplazar á Paulo, el que libre ya de ir al servicio de las armas, bendice á su benefactor, y vuelve á entonar sus cantos, con el gozo expresivo de un hombre que acaba de escapar del peligro. A poco le vienen á Paulo algunos antojos, que el feliz Picolelli se apresura á satisfacer, seguro de adquirir con esta condescendencia nuevos cantos, llenos del embeleso de una alma contenta.

En fin, sea por condescender con Paulo,

ó por tener mas cerca de sí la fuente de la gloria, Picolelli compró en las cercanías una propiedad muy bella, y una granja cuya administracion le dió; mas por una infraccion de los usos recibidos, esta granja, que Paulo habitaba por orden espresa del nuevo comprador, fué esclusivamente dedicada para guardar ganados. Los lugares destinados al pasto, se limitaban, á un lado, por el flanco negro y salvaje de la montaña calcinada, y del otro, por el rio, cuyos dos límites estaban bastante lejanos para que el pastor no tuviese necesidad de buscar el sustento de sus ganados en otros terrenos. Paulo tenia la libertad de estraviarse, de meditar, y sobre todo, de cantar; y Picolelli descubria, así como ántes, el secreto de su gloria en el canto improvisado de esta voz.

Este cambio de bueno á mejor en la situacion de Paulo, fué un golpe maestro por parte de Picolelli, que deseaba ardientemente distraerlo del mundo entero; pero le pa-



recia que no había hecho otra cosa, que poner á Paulo en circunstancias de poder obtener la mano de Laura: la madre de ésta, como hemos dicho, no queria concedérsela hasta que él no le asegurase el porvenir de su hija. Así es, que cuando Paulo fué á dar razon de su buena suerte á la casilla de su amada, se llenaron todos de gran regocijo, y se dispuso al punto el matrimonio. Paulo entrevió en él un siglo de alegría y de descanso; Laura, horas de placer y de felicidad, y el gran compositor Picoelli se complacia en su interior de haber organizado tan bien el arsenal de donde habia de salir su melodiosa artillería.

Concibió al punto el proyecto de apartar á Paulo de todo contacto humano, y acercarse él allí, para no perder nada. Tan pronto como la propiedad señoril estuvo capaz de ser habitada, se fijó allí con su hija, tan bella á los diez y ocho años como su madre.

El ilustre maestro llegó en fin al apogeo de su gloria, y la envidia calló ante una reputacion tan popular, quedándole solo el recurso de anunciar, que el gran compositor habia de caer algun dia.

IV.

La fatal prediccion comenzaba á cumplirse. Picoelli no habia descendido aún; mas ya padecia el amor propio del artista, que se

hallaba abandonado á sí mismo, para poder producir algo; guardando no obstante silencio.

No se desanima á pesar de esto. Sombrío, inquieto, atormentado por su propia insuficiencia, erraba en sus posesiones al derredor de Paulo, con la misma ansia y agitacion de un amante que acecha la mirada ó la sonrisa de una coqueta; mas era en vano.

¡Los cantos habian cesado!... Sí, habian cesado; Paulo estaba silencioso y pensativo, y Laura, á quien la tranquilidad de éste interesaba, lo conoció tan pronto como Picoelli: eso era muy natural, los dos estaban afectados de una pasion fuerte y poderosa.

Una mañana, como si el mismo sentimiento de curiosidad los hubiese reunido, Laura y Picoelli, sin haberse hablado una palabra, se encontraron cada uno al lado de Paulo, el uno en una espesura de enebros, y la otra detrás de una gruesa encina, desde donde asomaba con precaucion la cabeza, para no perder ninguno de los movimientos de su amante: Laura, bastante retirada para poder oir sus palabras, mostraba en su fisonomía una atencion mas profunda que Picoelli, el que estando mas cerca de Paulo, podia no solo verlo, sino tambien oirle.

Sentado Paulo sobre un cespéd, estuvo largo tiempo sumido en una melancólica meditacion. Sus ojos andaban errantes, sin mí-